

1. CARTA DEL RECTOR MAYOR

EL ESTÍMULO PROFÉTICO DEL SÍNODO SOBRE EUROPA

Introducción.-El Sínodo de los Obispos de Europa.-¿Hundimiento de las ideologías?-Exhortación a la magnanimidad apostólica.-Hay que hacer nuevos caminos.-El inmutable centro propulsor.-Papel de los religiosos y protagonismo de los jóvenes.-La implicación salesiana.-Conclusión.

Roma, Miércoles de Ceniza,
4 de marzo de 1992

Queridos hermanos:

Durante la Cuaresma nos preparamos con intensidad a la contemplación del misterio pascual, en el que se concentra toda nuestra fe y del que parten todas las perspectivas de nuestra misión. Haga el Señor que en todas nuestras comunidades reine un clima espiritual de interioridad pascual, cuidada por el director y por cada hermano, como luz y energía en los itinerarios programados para educar a los jóvenes en la fe.

Espero que en este clima se dé un relieve especial a mi última circular sobre nuestra compromiso por las vocaciones.

En los datos estadísticos de la Congregación, relativos a 1991, hay un punto alarmante sobre el número de novicios: un descenso de más de ochenta con respecto al año anterior. Algunas razones podrían explicar en parte este fenómeno: dos o tres inspectorías, por ejemplo, han hecho una pausa en su noviciado al tener que reorganizar las etapas de la formación. Sin embargo, el dato negativo permanece como luz roja de alerta que pide un

trabajo más intenso y participado de pastoral juvenil según el XXIII Capítulo General.

Necesitamos urgentemente más vocaciones y mejor cualificadas porque hay mucha juventud que necesita el carisma de san Juan Bosco y son numerosas las iglesias locales que nos lo piden con insistencia.

De todos los continentes llegan peticiones apremiantes.

Últimamente, tras los grandes cambios del Este europeo, ya nos hemos comprometido con presencias valientes de frontera. Así, por ejemplo, el administrador apostólico de la Rusia europea, monseñor Tadeo Kondrusiewicz, nos ha comprometido, en la zona que se le ha confiado, con un buen número de salesianos, y en Moscú la inspectoría de Venecia abrirá, invitada por las autoridades civiles, una escuela profesional.

El administrador apostólico de Siberia, monseñor José Werth, que reside en Novosibirsk, nos ha invitado asimismo con insistencia y nos ha asignado la ciudad de Aldan (mucho más al este), de la que se hará generosamente responsable la inspectoría checoslovaca de Bratislava.

También iremos a Albania: la Sede Apostólica nos ha pedido varias presencias: una escuela profesional en Tirana y una central catequística en Escútari. Para esta labor ya se han comprometido algunas inspectorías de Italia y la de Eslovenia.

Me detengo aquí, porque si miramos otros continentes, las peticiones se elevan —no exagero— a varios centenares.

Además de las exigencias de estas nuevas obras, urge también renovar las antiguas; lo cual requiere, para una auténtica incisividad evangelizadora, una cualificada inyección de fuerzas jóvenes. Nosotros seguimos a san Juan Bosco, que siempre nos lanzó hacia adelante, aunque no temerariamente, pues su magnanimidad iba siempre acompañaba por la confianza en la Providencia,

se alimentaba de una robusta espiritualidad y trabajaba solícita y diariamente por las vocaciones, convencido de la presencia fecundadora del Espíritu del Señor.

Sin embargo, la mayor urgencia de vocaciones se debe a la inmensidad actual de la mies. Los pastores piden y exhortan; no se concentran simplemente en las estructuras apostólicas de ayer ni se quedan tranquilos en el redil, sino que miran con celo al mundo de hoy y a sus innumerables y apremiantes retos, que consideran como pastores no para desalentarse sino para afrontarlos.

Del concilio Vaticano a nuestros días, en los sínodos, conferencias episcopales, viajes del Papa y orientaciones magisteriales, el Sucesor de Pedro y los obispos nos hablan con audacia profética. Sienten el fuerte soplo del Espíritu, que lanza al pueblo de Dios a un nuevo comienzo de cara al tercer milenio de la fe.

Con esta misma inquietud de pasión apostólica quiero ofrecer algunas reflexiones sobre el reciente Sínodo de los Obispos de Europa; podrán iluminarnos a todos, también a quienes trabajan en otros continentes, acerca de los caminos que debemos seguir para la nueva evangelización.

Pronto se celebrará también en Santo Domingo la cuarta Asamblea episcopal latinoamericana, así como el Sínodo africano; estos y otros acontecimientos eclesiales nos estimulan a entrar con valentía y sabiduría por vías nuevas.

El Sínodo de los Obispos de Europa

El Sínodo de los Obispos de Europa, anunciado inesperadamente por Juan Pablo II en Velehrad (Moravia) el 22 de abril de 1990, tuvo lugar en el Vaticano del 28 de noviembre al 14 de diciembre de 1991. En él participaron los obispos representantes de todas las naciones europeas, incluida Turquía, y asistieron, como delegados

fraternos, representantes de las otras Iglesias y confesiones cristianas y varios invitados. La participación del Rector Mayor, junto a otros superiores religiosos, es ciertamente un don que obliga a toda la Familia Salesiana.

El acontecimiento se quiso y preparó como Sínodo especial de breve duración: estaban previstas una semana de intercambio de testimonios entre el Este y el Oeste sobre las experiencias de fe de los últimos cincuenta años y otra para sugerir orientaciones de estímulo y criterios de acción que pudieran servir para mover de manera concreta a los fieles a comprometerse en el nuevo tipo de evangelización que requieren los actuales tiempos y situaciones socioculturales. No fue un sínodo del episcopado mundial, como el especial de 1985 al cumplirse los veinte años de la clausura del Vaticano II, ni se propuso afrontar ningún tema específico. Sólo quería intensificar la comunión entre el Este y el Oeste europeos y proclamar el propósito común de renovar las modalidades del trabajo evangelizador ante un futuro que se presenta particularmente lleno de desafíos.

Fue más un acontecimiento profético que una planificación de marcha.

La misma Declaración sinodal afirma que se trata de un primer paso hacia la aurora del tercer milenio¹.

1. Algunos datos de este Sínodo:

Participantes:

138 miembros: 29 obispos del Este y 38 del Oeste; 11 delegados fraternos (faltaban los representantes de 5 Iglesias ortodoxas (Rusia, Rumania, Serbia, Bulgaria y Grecia); 8 superiores religiosos; varios auditores y colaboradores y otros invitados, entre los que figuraban el presidente, el vicepresidente y el secretario de la Conferencia europea de Religiosos y Religiosas y de otras.

Reguladores:

3 presidentes delegados: cardenales Lustiger, Klemp y Martínez Somalo;
1 ponente: cardenal Ruini, con 2 secretarios especiales: mos. Vilk y mons. Lehemann;
1 secretario general: mons. Schotte.

Principales documentos:

- Indicaciones de la Secretaría del Sínodo, 12 de abril de 1991;
- carta del Papa, fechada en Fátima el 13 de mayo de 1991;
- carta sobre las relaciones con los ortodoxos, del 31 de mayo de 1991;
- discurso del Papa a la Comisión preparatoria: 5 de junio de 1991;
- el sumario, 10 de noviembre de 1991;
- las dos ponencias del cardenal Ruini antes y después de las intervenciones en el aula.

En la base de las orientaciones sinodales tenemos una consideración atenta del significado inherente a los extraordinarios acontecimientos europeos de 1989, que los fieles han de ver como un «kairós», es decir, como un momento histórico del devenir humano particularmente rico en presencia del Espíritu del Señor. De él surgen reflexiones pastorales para valorar las situaciones de la nueva realidad e individualizar urgencias de evangelización: como si el Señor mismo sugiriera a los pastores cuáles son los caminos que deben indicar al pueblo de Dios.

Ya en esta primera constatación hallamos una indicación válida para todos: la lectura sapiencial de los acontecimientos históricos del propio tiempo y del propio contexto.

No se trata de una lectura simplemente sociológica o política, sino de una reflexión de fe atenta y comunitaria sobre la perspectiva pastoral que nos ofrece el devenir humano en que nos hallamos inmersos. En ello nos ayudan sin duda las aportaciones objetivas de las ciencias humanas, pero no nos quedamos en su nivel; lo trascendemos con la fe, procurando descubrir, en los hechos y en las interpelaciones de estos hombres y jóvenes de hoy, las sugerencias que Dios nos hace para buscar en el Evangelio las respuestas que debemos dar a sus numerosos problemas.

La falta de atención al devenir histórico, a los acontecimientos, a las situaciones y a la cultura que está emergiendo sería una actitud verdaderamente deletérea, que dejaría sin alas a nuestra capacidad de nueva evangelización.

Sería demasiado abstracto y evasivo referirse a un

Principales documentos:

- 15 congregaciones generales;
- 125 intervenciones orales;
- 6 sesiones por círculos lingüísticos (de 12 grupos);
- 5 audiciones de invitados especiales;
- los discursos del Papa;
- la Declaración final.

Dios históricamente mudo. El concilio Vaticano II nos enseña a dejarnos guiar por el Espíritu del Señor, no sólo mediante mociones interiores (acompañadas quizá hasta de erudición teológica), sino también y de modo muy concreto considerando su presencia en la historia, que nos interpela continuamente por los acontecimientos de la existencia para leer con actualidad las respuestas del Evangelio.

Frente a esta primera observación sobre la experiencia sinodal, he pensado con satisfacción en nuestro XXIII Capítulo General, que nos guió precisamente a comenzar el camino de la fe haciendo con seriedad una lectura pastoral de la realidad juvenil y de sus contextos. Comparada con la lectura hecha por el Sínodo, la nuestra es pequeña y sectorial, propia para el trabajo apostólico que a diario debemos realizar con los jóvenes; sin embargo, también ella entra en el gran giro histórico, según la lectura pastoral de los obispos.

¿Hundimiento de las ideologías?

El Sínodo habló de la caída del comunismo en cuanto sistema de estructuración de la sociedad. El derribo del muro de Berlín, la nueva situación política de la Unión Soviética y de los países que se hallaban bajo su influencia, la disgregación de Yugoslavia y la caída del régimen en Albania han sido acontecimientos enormes, inimaginables e inesperados, dramáticamente reales e irreversibles. No cabe la menor duda que son expresión de la seriedad del cambio de época que vivimos y del colapso de una ideología mendaz. Pero no significa que se han terminado las ideologías. Ante todo, existen otras en el Oeste de Europa y en el mundo; pero, además, el hundimiento del socialismo real deja tras de sí un número impresionante de consecuencias negativas de orden cultural, económico, político y religioso que siguen

en pie como retos para la fe y piden con fuerza la intervención de una nueva evangelización, particularmente en medio de los jóvenes.

La reacción de los pastores no ha sido la de celebrar el hundimiento de los regímenes —lo cual no quiere decir que no hayan dado gracias a Dios por esta especie de milagro histórico (recordemos la expresión de inefable estupor del presidente de Checoslovaquia, señor Havel)—, sino la de considerar con mayor claridad y concreción de trabajo la misión específica de la Iglesia, que de repente se ha encontrado ante un sinfín de problemas inéditos. Los obispos no se han propuesto responder con sugerencias de carácter político o económico o cultural —ajenas a su ministerio, aun siendo frentes realmente serios e imprescindibles para todos—, sino con una preocupación religioso-pastoral de iluminar las mentes y organizar la esperanza y el trabajo de los discípulos de Cristo y de los hombres de buena voluntad.

De la lectura sapiencial de los pastores acerca de los efectos del hundimiento del comunismo resulta una observación muy significativa para la evangelización. Se ha hablado de catástrofe antropológica, para resumir las graves consecuencias negativas de lo sucedido. Se ha comprobado, efectivamente, la herida y la desnaturalización de la libertad, es decir, de la persona, de su conciencia, de su creatividad, de los ideales que debe cultivar, del significado de la vida. Pero hay que añadir que el remedio de tan grave quebranto no se puede buscar sin más en el tipo de libertad que proclama el consumismo. Por desgracia, también en la Europa de este lado del muro de Berlín había y hay desviaciones ideológicas que dañan la libertad del hombre y, por tanto, perjudican a la persona y a la sociedad. El Sínodo desea y espera que la nueva evangelización haga que los cristianos sean verdadera y socialmente «testigos de Jesucristo, que nos liberó», es decir, que proclamen el Evangelio que hace libres. El hundimiento de la ideología que dominaba en

el Este pone también de relieve las deficiencias ideológicas del Oeste.

Los estudiosos observan que durante los últimos decenios en el occidente de Europa se ha producido una progresiva disociación entre creencia y práctica cristiana, con una religiosidad débil y más bien subjetiva, según criterios personales, y que en la Europa centro-oriental, no obstante las admirables pruebas de fidelidad a Cristo y a la Iglesia por parte de no pocos fieles, existe un consistente número de ciudadanos que se han olvidado de la fe y que muchos incluso la atacan. En los países liberados urge una puesta al día, cultural y eclesial; hay falta de recursos y fragilidad sociopolítica, se asiste a un verdadero espejismo del consumismo y resurgen peligrosamente los nacionalismos.

Así, a finales del segundo milenio, ya no cabe hablar de una Europa cristiana, sino de una Europa plural, con áreas de ateísmo, agnosticismo, indiferentismo, presencia fuerte de otras religiones y grave fractura interna en el Cristianismo.

El Sínodo proclama con claridad que, en tal contexto, la Iglesia está invitada a dedicarse con urgencia a la nueva evangelización, en la que se sitúa el compromiso por la recta educación de la libertad humana. Los errores antropológicos no son sólo fruto de sistemas totalitarios ateos, sino también el resultado del mal uso ideológico de ciertos datos científicos. Es importante que el Evangelio logre ocupar el espacio usurpado por las intromisiones ideológicas.

Una de las cosas que debe lograr la nueva evangelización es unir con sabiduría tres grandes fuentes de verdad al servicio de la libertad: la antropología de actualidad, la lectura en contexto del Evangelio y la doctrina de la Iglesia sobre la sociedad. Sin la mutua compenetración de estos tres aspectos no habrá educación eficaz en la fe. El Sínodo insistió particularmente en este punto, haciendo ver que la libertad no es por sí misma un valor

absoluto e individualista, sino que tiene como fin la verdad y la comunión, ya que la perfección de la persona humana es el amor (aquel amor de caridad que tiene su fuente en la vida trinitaria y su modelo supremo en el misterio de Cristo), mientras que en la cultura occidental laicista se asiste a un alarmante desastre del amor (y, por tanto, de la libertad), a causa de los egoísmos, de las situaciones de conflicto, del erotismo, de las injusticias y de la falta de solidaridad. No hay libertad que pueda amar si falta el don de sí en el sacrificio y en la solidaridad. La experiencia enseña que los esfuerzos humanos, por sí solos, nunca sabrán crear el paraíso en la tierra: ni en la persona, ni en la familia, ni en la sociedad, ni en la convivencia mundial. Aquí hay que decir enseguida que no habrá, ni para Europa y para ningún continente, nueva evangelización si no sabemos impregnar de Evangelio los adelantos humanos de la antropología y de la sociología.

De ahí el llamamiento del Sínodo para la inculturación del Evangelio. Los evangelizadores de hoy están llamados a cultivar una seria preparación cultural dando un puesto no secundario a las actuales ciencias del hombre. La nueva evangelización es, de hecho, «la evangelización de un mundo nuevo».

Exhortación a la magnanimidad apostólica

Todo acontecimiento eclesial se produce necesariamente en un lugar concreto, pero suele tener una resonancia universal, porque afecta a la vida de la fe, que es de todos aunque por necesidad arranque de una experiencia local. Afirmamos esto, de manera especial, del reciente Sínodo. Los pastores reunidos en él tenían plena conciencia de ello, y en sus sugerencias procuraron evitar cuanto pudiera insinuar el mínimo peligro de eurocentrismo y hablaron explícitamente de una futura

unidad europea abierta a la solidaridad universal. «Europa –dice la Declaración– ha transmitido a todo el mundo muchas conquistas culturales y técnicas que hoy son patrimonio de la civilización universal. Sin embargo, la historia de Europa presenta también muchos lados oscuros, entre los que cabe citar el imperialismo y la opresión de muchos pueblos mediante la explotación sistemática de sus bienes. Debemos, por tanto, rechazar cierto espíritu eurocéntrico, del que hoy podemos reconocer todas las consecuencias»².

2. Declaración 11.

Así, en la nueva evangelización es imprescindible saber cultivar también un fuerte sentido de conversión histórica para lograr una sociedad más solidaria, que sepa mirar más allá de sus fronteras y de su propio interés. El grito de Cristo doliente llega hoy dramáticamente de muchas partes del mundo. «A este grito hay que responder con opciones concretas referidas, por ejemplo, a la abolición del comercio de armas, la apertura de nuestros mercados, una gestión más justa de la deuda internacional, el apoyo a cuanto pueda favorecer el desarrollo de la cultura y de la economía junto con la promoción de gobiernos democráticos. Por lo demás, Europa misma puede enriquecerse no poco con los tesoros de otros pueblos y culturas ... Las muchas formas de indigencia y los grandes sufrimientos del mundo nos recuerdan las promesas escatológicas de Dios, que no pueden hallar plena realización en esta tierra; sin embargo, mediante el compromiso de solidaridad y de caridad podemos lanzar, en el corazón de una humanidad dividida y lacerada, impulsos y cultivar semillas para el futuro cumplimiento de la perfección eterna»³.

3. Declaración 11.

En este sentido, el Sínodo puso oportunamente de relieve la generosidad misionera de Europa a lo largo de los siglos, e invitó a seguir en ella y a intensificarla en cuanto sea posible. Las intervenciones de los representantes de América del Norte y del Sur, de África, de Asia y de Oceanía que tomaron parte en la asamblea confirmaron con

gratitud este celo misionero, nacido de la autenticidad apostólica de innumerables fieles de Europa.

Más aún. La lección de este Sínodo se refiere también a dos aspectos vitales que afectan en todas partes a la nueva evangelización.

El primero es el de una audacia apostólica de la fe, que ni se espanta ni se arredra ante una tarea tan gigantesca y, a primera vista, casi imposible: la de evangelizar la construcción de una Europa unida; cien pueblos condicionados por la existencia de numerosos conflictos pero que deberían convivir y amarse en una sola patria común. Cuando uno piensa en los innumerables problemas religiosos, políticos, económicos, culturales, raciales e históricos de tal proyecto puede llegar a opinar que una meta tan fascinante es una utopía inasequible. Sin embargo, las directrices de los pastores impulsan a los cristianos a ser protagonistas de dicho proyecto. Hará falta tiempo, surgirán dificultades, la complejidad de las cosas exigirá ciencia, técnica, diálogo, reconciliación y constancia. La Iglesia sabe muy bien que tal proyecto pertenece, ante todo, al orden temporal; pero no por ello se desinteresa de él; al contrario, está convencida de que ahí tiene un camino particularmente importante para su nueva evangelización. Quiere ser fiel al Concilio, que afirma: «La obra redentora de Cristo, aunque de suyo se refiere a la salvación de los hombres, se propone también la restauración de todo el orden temporal»⁴; y esto «no sólo no priva al orden temporal de su autonomía, de sus propios fines, leyes, medios e importancia para el bien del hombre, sino que, por el contrario, lo perfecciona en su valor y excelencia propia y, al mismo tiempo, lo ajusta a la vocación plena del hombre sobre la tierra»⁵.

De esta forma, la audacia apostólica de la evangelización no teme afrontar tareas inmensas sobre la vida concreta del orden temporal, pues se siente iluminada y acompañada en su específica misión religioso-pastoral por el poder del Espíritu del Señor.

4. *Apostolicam actuositatem*

5.

5. *Apostolicam actuositatem*

7.

Aquí me parece importante subrayar que el corazón del evangelizador debe nutrir y cultivar a diario en sí el ardor de una esperanza teológica. El sentirse llamado a colaborar en una hora histórica que se caracteriza por una presencia más intensa del Espíritu Santo, debe acostumbrarlo a trascenderse a sí mismo y sus propios límites, seguro de sentirse movido por él en una Iglesia que salva al hombre de hoy, enviada a ser levadura, como sacramento, del cambio de época, aunque éste se presente de ordinario con modalidades desconcertantes. La magnanimidad del evangelizador bebe siempre en la fuente de la esperanza. Cabría decir que el milagro de que habló el presidente Havel podrá multiplicarse en la nueva pastoral de la esperanza cristiana de los evangelizadores.

El segundo aspecto vital es la convicción íntima de que los cambios a que hoy asistimos en el mundo suponen, para el Concilio, una «cultura emergente» que cada vez se hace más universal. La lectura atenta de la exposición preliminar de la constitución *Gaudium et spes*⁶ nos asegura que el hombre de cualquier continente «se halla hoy en un período nuevo de su historia ... Tanto es así, que ya se puede hablar de una verdadera metamorfosis social y cultural»⁷. No se trata sólo de Europa, sino de una nueva época histórica que nace para todos. Las culturas de los diferentes pueblos deberán tomar en consideración estas transformaciones tan profundas. «Poco a poco se va gestando una forma más universal de cultura humana, que tanto más promueve y expresa la unidad del género humano cuanto mejor sabe respetar las particularidades de las diversas culturas»⁸.

La nueva evangelización no podrá prescindir de este hecho; tendrá que ayudar a superar los recurrentes peligros de desviación a causa de los diferentes nacionalismos, continentalismos, racismos e ideologías que apriñan el dinamismo de las culturas (por su naturaleza abierto al devenir de todos los hombres) en valladares cerrados frente a la universalidad y el futuro. Peligrosos

6. *Gaudium et spes*, del 4 al 10.

7. *Gaudium et spes* 4.

8. *Gaudium et spes* 54.

ejemplos de tal miopía se ven en todas partes, causados más por pasiones y proyectos parciales que por una inteligencia de fe.

Ahora tenemos el hecho de que en Europa se mueve con mayor aceleración la maduración simultánea de varios signos de los tiempos, que son para la fe y el Evangelio un conjunto de retos sumamente urgentes que, si reciben de la Iglesia una respuesta adecuada, servirán de estímulo y, en parte, también de vanguardia inspiradora para todos. Será una nueva evangelización caracterizada por la capacidad de inculturación, por un auténtico espíritu misionero que acude también a muchos nuevos areópagos y por la convivencia de razas, culturas y religiones distintas. Pero la construcción de esta sociedad plural es una meta que necesita de Dios.

La evangelización de una nueva Europa no será restauración de algo de ayer, sino nuevo comienzo de la fe en una convivencia de pueblos hasta ahora inédita: será novedad de presencia del Espíritu Santo en la cultura que emerge, para dar lugar a una civilización del amor hasta ahora desconocida.

La magnanimidad apostólica requiere una mentalidad abierta, nutrida de mundialidad y de solidaridad universal: cualidades que crecen genuinamente en el misterio vivo de la Iglesia de Cristo. Educar a los jóvenes en la fe, por tanto, querrá decir saber formar en ellos también los valores de la mundialidad y de la solidaridad con todos los pueblos.

Hay que hacer nuevos caminos

En una circular de hace aproximadamente tres años⁹ os hablaba sobre todo del cambio de mentalidad que implica en nosotros la nueva evangelización. Ahora el Sínodo de los Obispos de Europa nos presenta algunos grandes problemas que van apareciendo y que se han de

9. *Actas del Consejo General* 331.

afrontar haciendo nuevos caminos. Se refieren propiamente a Europa, pero de hecho dan luz a todos. Son retos debidos a la nueva situación cultural y evidencian algunas de las mayores dificultades para los agentes de pastoral.

Hoy día, en el continente europeo muchos destinatarios no conocen de hecho el mensaje del Evangelio; otros, también numerosos, lo conocen, pero no creen o se quedan indiferentes; en no pocos persiste aún una búsqueda positiva de una experiencia de trascendencia, pero creen poderla hallar en otras religiones; no faltan los que rechazan de manera explícita el Cristianismo, fuertemente marcados por un antropocentrismo cientifista que fomenta en ellos la convicción de haber llegado ya a una época poscristiana, y así juzgan anticuado, precientífico y como algo que es preciso eliminar el patrimonio del Evangelio en sus puntos más constitutivos, particularmente en su enseñanza moral¹⁰.

De esta situación surgen grandes retos para el Evangelio, si queremos leerlo en contexto, pues la palabra de Dios es tal, que, si bien fue pronunciada íntegramente hace veinte siglos, se dirige a los problemas concretos de cualquier generación. Las actitudes mencionadas son de algún modo la señal de alarma o la punta del inmenso iceberg del actual cambio de época.

Al escrutar el contexto, los padres sinodales pusieron de relieve principalmente los siguientes mayores problemas:

10. En una encuesta de 1981, por ejemplo, realizada en nueve naciones occidentales (Gran Bretaña, Alemania, Francia, Italia, España, Holanda, Bélgica, Irlanda y Dinamarca), figuran los siguientes datos:

Creer de algún modo:

- en Dios, el 75 por 100;
- en el alma, el 58 por 100;
- en el pecado, el 57 por 100;
- en la vida después de la muerte, el 43 por 100;
- en el diablo, el 25 por 100;
- en la reencarnación, el 21 por 100.

Cf. J. Stoetzell: *I valori del tempo presente. Un'inchiesta europea*. SEI, Turín, 1984, cap. 4.

- la *óptica materialista* con que se pretende interpretar la antropología;
- el *laicismo político* que debería ser puesto en la base de la nueva ciudad democrática y plural;
- el *vasto sector pagano*, especialmente de muchos no bautizados, que sólo se interesan por las necesidades inmediatas;
- el *relativismo religioso* frente a las variadas propuestas de transcendencia de las religiones.

Hoy día Europa es ya verdaderamente un continente pluricultural, plurinacional, plurirracial y plurirreligioso. ¿Podrá convertirse en la patria común de una civilización solidaria? El Sínodo responde con esperanza. La Europa actual se parece a un inmenso crisol o a un alto horno donde se funde un nuevo tipo de ciudadanía. La evangelización deberá buscar nuevas estrategias para iluminar y responder a retos hasta ahora desconocidos, especialmente a los cuatro problemas que acabamos de señalar.

Tratemos de indicar algunos de los caminos que se nos sugieren a nosotros, evangelizadores de los jóvenes, con respecto a los mencionados temas.

– La *óptica materialista*, muy difundida, no es la simplista actitud del ignorante, sino que está íntimamente vinculada al progreso científico-técnico. Se quiere modelar un tipo de ciudadano crítico, seguro de sí mismo, formalmente respetuoso de los demás, pero sin convicciones ligadas a principios de transcendencia. A la pregunta: ¿qué clase de hombre para la nueva cultura?, responde en un plano racional, filosófico-científico, que excluye de la antropología un verdadero recurso a Dios. Es una mentalidad de docta ignorancia que pretende formular, entre otras cosas, una ética totalmente nueva que, cuando se pueda, deberá cuajar en leyes sociales.

El hombre sería así un ser meramente terreno, para el

que no tendría ningún sentido el anuncio evangélico: ni pecado, ni redención, ni inmortalidad. Presentada de forma tan rápida, alguien podría pensar que se trata de una óptica fácil de corregir; pero la realidad es muy distinta. El educador de la fe está llamado a dar una respuesta competente; para ello deberá cuidar al menos dos aspectos bastante exigentes y complementarios: ante todo, una adecuada preparación antropológica, para saber dialogar con el actual progreso científico; y, en segundo lugar, la ductilidad de hacer ver que la fe nunca se halla en verdadero contraste con la razón y que ésta se halla por sí misma abierta a la trascendencia. Una competencia, por tanto, culturalmente nueva sobre lo que es el hombre en esta su maduración crítica.

Me parece importante para nosotros, los salesianos, subrayar este aspecto. Supone una seria revalorización, por ejemplo, de la escuela según la profunda renovación que le pide el Vaticano II. El camino de la escuela pertenece ciertamente a la nueva evangelización: es la tercera palabra símbolo de nuestro criterio oratoriano de renovación¹¹.

¡Lo cual es muy distinto de pretender dejarla para poder hacer pastoral moderna! En ella tenemos una de las tareas más urgentes para la evangelización.

El Santo Padre afirmó no hace mucho, en el primer congreso nacional de la Iglesia italiana sobre la escuela católica¹², que es lugar de cultura con miras a la educación y contiene en sí grandes recursos para la nueva evangelización. El diálogo entre fe y cultura es fundamental. «La Iglesia espera mucho de la escuela católica —dijo—, por su misma misión, en un mundo donde el reto cultural es el primero y el más provocante y cargado de efectos»¹³.

Con razón se destacó en el Sínodo la importancia que deberán tener en la nueva evangelización las escuelas, colegios y universidades católicos, en los que la promoción cultural y científica crezca en armonía con la fe. La

11. Cf. *Constituciones* 40.

12. 20-23 de noviembre de 1991.

13. *L'Osservatore Romano* 24-11-1991.

Declaración sinodal afirma de modo explícito que «en las naciones recientemente liberadas del comunismo es urgente la necesidad de crear universidades y escuelas católicas»¹⁴.

14. Declaración 5.

Un camino nuevo es, por tanto, reconsiderar la *escuela* según las exigencias del Evangelio en contexto.

– El laicismo político incide con fuerza en la dimensión democrática de la sociedad pluralista. Este hecho tiene muchas consecuencias en la vida de fe, sobre todo de los seglares y de los jóvenes. Como observa la encíclica *Centesimus annus*, hoy se tiende a considerar el agnosticismo como filosofía y actitud fundamental para una mentalidad democrática; el fiel, convencido de una visión de fe bien definida acerca del hombre, democráticamente no sería de fiar, porque no puede aceptar que la verdad sea determinada por el pensamiento de la mayoría ni que sea políticamente variable¹⁵.

15. Cf. *Centesimus annus* 46.

Ante un juicio así, la nueva evangelización deberá dar particular importancia a la enseñanza de la Doctrina social de la Iglesia, que ilumina precisamente la convivencia democrática con la verdad integral sobre la persona y sobre la sociedad.

A su luz se descubre el vasto horizonte de la verdadera laicidad, proclamada con agudeza por el Vaticano II, y que lleva consigo en la actividad evangelizadora un gran relanzamiento de la vocación y misión de los seglares en el mundo. El laicismo es siempre ciego secuaz de alguna ideología que elimina la capacidad de interpretar rectamente el orden temporal. Urge presentar con lucidez actualizada una fe que sepa percibir en toda la realidad creada las autonomías queridas e insertadas por el Creador en la naturaleza misma de las cosas.

He aquí, pues, un nuevo camino, también para nosotros, que debemos hacer con constancia y entrega en la evangelización: el del «proyecto seglares» y de la dimensión social de la caridad a que nos invitó precisamente el XXIII Capítulo General¹⁶.

16. Cf. XXIII Capítulo General 246, y 203 ss.

– *El vasto sector pagano*, sobre todo de jóvenes que no saben nada de Jesucristo ni de su Iglesia, interpela a la comunidad cristiana. Prescinden de las habituales mediaciones pastorales de la vida parroquial y necesitan actuaciones específicas que es preciso inventar con fantasía misionera y con pedagogía apropiada. En este nuevo frente los salesianos tenemos que saber considerar de nuevo con originalidad el acercamiento a los jóvenes y la jerarquía de las verdades reveladas que vamos a presentar: ello requiere graduación pedagógica y mucha creatividad pastoral.

Cuanto nos dijo el Papa sobre el espíritu preventivo deberá ser considerado aquí con particular atención. «El arte de educar en positivo –escribe Juan Pablo II–, proponiendo el bien en vivencias adecuadas y envolventes, capaces de atraer por su nobleza y hermosura; el arte de hacer que los jóvenes crezcan desde dentro, apoyándose en su libertad interior, venciendo condicionamientos y formalismos exteriores; el arte de ganar el corazón de los jóvenes de modo que caminen con alegría y satisfacción hacia el bien, corrigiendo desviaciones y preparando para el mañana por medio de un sólida formación de su carácter»¹⁷.

Evidentemente, tratándose de misión juvenil, esto nos indica como nuevo camino de relanzamiento el criterio oratoriano de san Juan Bosco. La nueva evangelización nos exige una generosa refundación del oratorio, que es, por otra parte, lo que nos pide el XXIII Capítulo General¹⁸.

– *El relativismo religioso* parte del hecho positivo de cierta apertura a la trascendencia y de la búsqueda de una vivencia religiosa, pero a menudo desemboca en expresiones religiosas no cristianas. No podemos olvidar que en Europa existen beneméritas Iglesias cristianas no católicas y que aumenta continuamente el número de inmigrantes miembros de grandes religiones nacidas en

17. *Iuvenum patris* 8.

18. Cf. *XXIII Capítulo General* 345-350.

otros continentes; se asiste hoy, además, a la difusión de diversas sectas.

Es un dato real bastante complejo, que obliga a incorporar robustamente en la nueva evangelización las exigencias propias de una *mentalidad ecuménica* y de una *capacidad de diálogo religioso*. Es una situación muy delicada a la que hay que hacer frente de forma diversa, según sean los grupos religiosos, y que debemos llevar adelante con convicciones claras sobre nuestra identidad católica.

Al individuar nuevos caminos para la evangelización, a nosotros nos interesan, en este ámbito, dos aspectos que el evangelizador debe adquirir y profundizar: ser signo y portador de fe con clara mentalidad ecuménica, y adquirir una capacidad de diálogo, para presentar con graduación pedagógica el misterio de Cristo, su objetividad y su centralidad.

Este nuevo camino afecta más directamente a la formación y cambio de mentalidad de los evangelizadores.

De los dos aspectos indicados, el primero —mentalidad ecuménica— nos exige una atenta revisión de los programas de estudio, en la formación de los salesianos, con respecto a las otras Iglesias cristianas, acerca de las grandes religiones y acerca del conocimiento de las sectas más activas en la zona. Ello nos ayudará a cultivar con mayor realismo la identidad de la propia fe católica basándose mucho en datos históricos, no tanto para demostrar una tesis cuanto para conocer el pensamiento religioso de los hombres con los que vivimos.

El segundo aspecto —diálogo— nos lleva al Sistema Preventivo en su capacidad de acercamiento e intercambio, de respeto y simpatía por las personas aun cuando no siempre se compartan sus opiniones. Es importante hacer revivir en nosotros, aquí, todo el patrimonio espiritual y metodológico que encierra nuestro nombre símbolo de salesianos: éste nos exige amabilidad, servicio, diálogo, intercambio paciente. Nos hace pensar, como

quería san Juan Bosco, en nuestro patrono Francisco de Sales y en su extraordinaria caridad pastoral, sobre todo durante su difícil misión de Chablais.

Nos urge adquirir una mentalidad ecuménica capaz de diálogo.

– Espero que la consideración de estos cuatro mayores problemas, aunque presentados de forma muy sucinta, nos lleve a individuar caminos nuevos: tanto al intensificar la calidad pastoral de la escuela como al programar y realizar el «proyecto seculares» y la dimensión social de la caridad, tanto al relanzar el oratorio mediante iniciativas de asociacionismo como al formarse una mentalidad de diálogo con las diversas experiencias religiosas.

De ese modo la nueva evangelización crecerá como fuerza dinámica en el complejo cambio de época, que es para nosotros un reto. La fe es energía del devenir y fidelidad a la misión recibida del Señor: no es pasividad ni repetición, sino nuevo comienzo. Cuesta, pero es imprescindible.

El inmutable centro propulsor

Hay una precisa toma de posición en la Declaración del Sínodo para asegurar la autenticidad de la evangelización en un contexto tan nuevo y abigarrado. «No basta –leemos en su texto– trabajar intensamente en la difusión de los valores evangélicos tales como la justicia y la paz; sólo si anunciamos la persona de Jesucristo, podremos decir que nuestra evangelización es auténticamente cristiana, ya que los valores evangélicos no pueden separarse de Cristo, que es su fuente y fundamento y constituye el centro de todo el anuncio evangélico»¹⁹.

Se trata de captar y hacer descubrir en Cristo el gran reto de una opción de Dios: no el Dios que podemos

19. Declaración 3.

imaginar nosotros, sino el que es objetivamente verdadero en sí mismo y en la historia; no una elaboración religiosa desde abajo, sino una revelación divina desde lo alto, de tipo histórico; no la profecía imperfecta de un hombre, sino la encarnación humana de Dios; no una repetición rutinaria, sino el descubrimiento entusiasta de cada día. Un Dios que nos ama, un Dios que nos crea, un Dios que nos habla, un Dios solidario que sufre y vence con nosotros. No, pues, un Dios desconocido y lejano, sino un Dios que está junto a nosotros como Padre, un Dios que se hace uno de nosotros, un Dios que viene para ti y te perdona el pecado, un Dios que te reconstruye desde dentro hasta el punto de hacerte superar la misma muerte, un Dios que no te quita el dolor, pero lo hace fructificar para la felicidad definitiva. El Evangelio de Cristo consiste en proclamar a cada uno: ¡Dios te ama, Dios está contigo, Dios te salva!

Quiero recordar aquí lo que ya reflexionamos al afrontar por primera vez el tema de la nueva evangelización. Hay que considerar seriamente -decíamos- un sinnúmero de novedades propias del devenir cultural; no hacerlo nos dejaría paralizados. Pero «hoy, como ayer y como mañana, sigue viva, fascinante y decisiva la suprema novedad del Cristianismo en la historia: la Pascua de Cristo.

»Es una novedad de carácter histórico-teológico. No basta reconocer en abstracto su naturaleza excepcional; urge presentarla como la noticia más importante para hoy, que asombra, renueva y sabe responder a los interrogantes más angustiosos, que abre a la transcendencia la vida de cada persona y la historia de la humanidad: se trata de la misteriosa dimensión escatológica (o sea, de la meta final de algún modo ya presente), que incide en las mismas culturas humanas, las ilumina, juzga y purifica, y discierne y puede promover sus valores emergentes. La nueva evangelización se apoya plenamente en este acontecimiento supremo: ¡el novísimo por excelencia!

No hay ni habrá nunca novedad mayor que ésta: es criterio de confrontación para cualquier otra novedad; no envejece; es la perenne y máxima maravilla de la inserción de Dios en la historia; es la nueva creación, que se anticipa ya en este nuestro viejo mundo. ¡Hay que saber hacer visible y comunicar esta novedad suprema!»²⁰.

Así pues, el Evangelio es éste; no haya otro. No puede cambiar; ni siquiera Dios podría inventar un acontecimiento mayor que éste; es para siempre la expresión suprema de su amor al hombre. Si hablamos de “nueva” evangelización es «porque –dice el Sínodo– el Espíritu Santo hace siempre nueva la palabra de Dios y solicita continuamente a los hombres en lo más íntimo de su ser. Es nueva esta evangelización también porque no está ligada inmutablemente a una civilización determinada, en cuanto que el Evangelio de Jesucristo tiene fuerza para resplandecer en todas las culturas»²¹.

20. *Actas del Consejo General*, núm. 331, p. 11.

21. *Declaración 3*.

Papel de los religiosos y protagonismo de los jóvenes

La misión evangelizadora es tarea de todo el pueblo de Dios. En el nuevo modo de relacionarse la Iglesia con el mundo emerge una exigencia de gran relieve para el compromiso de los seculares. Éstos se hallan en primera fila dentro de las novedades del orden temporal y de la cultura emergente. Sin embargo, a su lado y como alma de dinamismo, está la vida consagrada, que recuerda a todos, con intensidad especial, que es imposible transformar el mundo y ofrecerlo al Padre sin el espíritu de las bienaventuranzas²². Por ello, los religiosos y religiosas ocupan un puesto estratégico en la nueva evangelización. La historia nos hace comprobar que a ellos se debe en gran parte la primera evangelización de los cinco continentes. Pablo VI, en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, habla con reconocimiento de su inmensa aportación de ayer y de hoy. «Gracias a su con-

22. Cf. *Lumen gentium* 31.

sagración religiosa —dice—, ellos son por excelencia voluntarios y libres para abandonar todo y lanzarse a anunciar el Evangelio hasta los confines de la tierra. Son emprendedores, y su apostolado está frecuentemente marcado por una originalidad y una imaginación que suscitan admiración. Son generosos: los encontramos no raras veces en la vanguardia de la misión y afrontan los mayores riesgos para su salud y su propia vida. Sí, verdaderamente la Iglesia les debe mucho»^{23 y 24}.

Los graves problemas del contexto tienen necesidad urgente de la renovación de los religiosos y religiosas, mediante el testimonio de mayor calidad en su identidad y en su apostolado. «Sus comunidades podrán ofrecer a toda Europa el testimonio vital del radicalismo evangélico, si se hace aún más intenso en ellos el cultivo de lo que es esencial en la vida consagrada»²⁵. Ese “sí” nos hace reflexionar. Los principales aspectos que debemos atender son: la primacía de la espiritualidad, la convicción íntima de la eclesialidad de los carismas de la vida religiosa y la necesidad de una pastoral de conjunto que se inspire en el documento pastoral *Mutuae relationes*.

He aquí lo verdaderamente esencial: Los religiosos, primeros evangelizadores de los continentes, vivían el ardor de la fe, y eran apóstoles de la Iglesia y colaboradores de los pastores. Dentro de nuestra poquedad, los salesianos podemos citar nombres como Cagliero, Fagnano, Milanese, Lasagna, Costamagna, Balzola, Evasio Rabagliati, Cimatti, Versiglia y Caravario, etcétera. Su ejemplo nos estimula a renovar la calidad del testimonio y de la acción. Es ya clásica la afirmación de Juan Pablo II: «Novedad de ardor, novedad de método, novedad de expresiones».

En una entrevista al teólogo Max Thurian sobre la nueva evangelización, le preguntaron si había algún modelo de evangelizador que le atrajera hoy de modo particular. Sin dudarlo ni un momento respondió ensegui-

23. *Evangelii nuntiandi* 69.

24. Actualmente hay en Europa 460.000; la mitad del total mundial.

25. *Declaración 5*.

da que él veía como modelo sublime al santo Cura de Ars, que fue para sus feligreses mediador convincente de quién es Dios y de su infinita misericordia. Es decir, el evangelizador necesita una capacidad de contacto y de trasmisión del misterio de Cristo que impregne de verdad su existencia personal: ¡más testimonio que razonamientos!

Pues bien, si los salesianos nos preguntamos a quién podemos dirigir nuestros ojos hoy para ver un modelo en quien inspirarnos, creo que no dudaríamos en decir que debemos mirar a san Juan Bosco. Ciertamente, no para profundizar las novedades culturales de hoy, sino para reflexionar con él acerca de los tres elementos señalados por el Papa de cara a la eficacia de la nueva evangelización. San Juan Bosco, evangelizador de los jóvenes, nos estimula y sirve de modelo en cada uno de los tres elementos: el ardor, el método y las expresiones.

- En el *ardor*, San Juan Bosco nos enseña la intensidad pastoral del «Da mihi ánimas»; es la primacía del espíritu salesiano lo que debe caracterizar nuestra novedad de ardor. Es un compromiso que asumimos en los años posconciliares; descuidarlo ahora significaría hacernos incapaces de educar en la fe.

- En el *método*: o sea, en el arte de educar con que san Juan Bosco vivió su praxis pastoral, teniendo nosotros muy en cuenta las interpelaciones actuales de la nueva educación²⁶. El Santo Padre nos escribió la carta *Iuvenum patris* precisamente para revalorizar este tesoro de criteriología educativa.

- En las *expresiones*: considerando la incesante creatividad apostólica de san Juan Bosco, pensamos, por ejemplo, en sus iniciativas (muy originales para sus contemporáneos) sobre el tiempo libre, sobre el tipo de escuela popular, sobre la preparación para el mundo del trabajo, sobre la comunicación social, sobre la confianza en el asociacionismo juvenil. Hoy existen tantas situaciones inéditas, que hacen falta evangelizadores inventi-

26. Cf. *Actas del Consejo General* 337.

vos que se muevan con su mismo ardor espiritual y con sus mismos criterios metodológicos.

El XXIII Capítulo General nos invitó a refundar el oratorio con la renovación, en fidelidad dinámica a los principios que brillan en nuestro Fundador. Queremos ser de verdad, inspirándonos en él, protagonistas de la nueva evangelización.

El reciente Sínodo, por su parte, hace un llamamiento particular a los «jóvenes, a fin de que sean ante todo ellos mismos los evangelizadores de las nuevas generaciones»²⁷. Nosotros debemos esforzarnos en ser los portadores y animadores de este llamamiento, convencidos de que «los jóvenes –leemos en la exhortación *Christifideles laici*– no deben ser considerados simplemente como objeto de la solicitud pastoral de la Iglesia; son de hecho –y a ello deben ser alentados– sujetos activos, protagonistas de la evangelización y artífices de la renovación social»²⁸.

Las disposiciones del XXIII Capítulo General deben estudiarse con atención en todas las comunidades, a fin de programar de modo concreto su realización.

La implicación salesiana

Creo que es obligación del Rector Mayor invitar a los salesianos a vibrar de manera concreta con la Iglesia en sus experiencias de Espíritu Santo y en sus audaces propósitos apostólicos. El Sínodo de los Obispos de Europa es un acontecimiento eclesial que nos debe sacudir: en primer lugar a los salesianos de Europa, pero también –de diferentes modos– a todos en los cinco continentes. Así lo sabrán hacer, más adelante, los de América y los de África después de sus respectivos sínodos episcopales, pero su resonancia llegará y afectará a toda la Sociedad Salesiana. Cada uno de estos acontecimientos es un momento de gracia para la Iglesia universal y, por tanto, para toda nuestra Congregación.

27. Declaración 5.

28. *Christifideles laici* 46.

Mientras tanto, las cuarenta circunscripciones jurídicas de Europa están convocadas, para el próximo mes de junio, a una reunión de todos sus inspectores en la casa generalicia para estudiar, junto con el Rector Mayor y el Consejo General, las iniciativas que conviene tomar para seguir -de acuerdo con los demás grupos de la Familia Salesiana- los caminos señalados por el Sínodo. En agosto tendrá lugar en Colle Don Bosco la "Confrontación 92" con los jóvenes de nuestras presencias europeas, para lanzarlos en esta dirección de futuro. Ya hemos tenido en Roma reuniones con algunos inspectores del Este acompañados de sus Consejos, para discernir qué se puede hacer ante los complejos problemas que han surgido; lo mismo se ha hecho con los delegados de pastoral juvenil de aquellas tierras, porque es preciso crear toda una novedad de acercamiento a los jóvenes.

En una palabra, en sintonía con el Sínodo, existe una voluntad de comunión y de participación que estimula sobre todo la renovación de nuestra pastoral juvenil. El hecho de ponerse en camino hace crecer vitalmente en esas inspectorías el sentido de Iglesia y ofrecerá continuas y prometedoras sugerencias de creatividad apostólica.

Todas las inspectorías, pues, deben inspirarse en lo que significa la celebración de este Sínodo para la Iglesia universal.

Entre sus aspectos más estimulantes podemos subrayar los siguientes:

- la convicción de la importancia histórica de la hora que estamos viviendo y su lectura sapiencial, para renovar la acción pastoral;
- la educación en una fe que sea energía de vida para la persona, para la familia y para la sociedad que se renueva;
- la magnanimidad apostólica y la esperanza radicada en el poder del Espíritu Santo, para proyectar grandes compromisos apostólicos de futuro;

- la urgencia y la verdadera naturaleza de la nueva evangelización con la centralidad del misterio de Cristo en la perspectiva de los muchos caminos que hay que hacer;
- la interpretación evangélica de un giro antropológico frenado por múltiples desviaciones ideológicas, que requiere la iluminación de la verdad revelada en favor de la libertad humana;
- la inculturación del Evangelio como dimensión misionera de la educación en la fe: un nuevo humanismo que hay que purificar y promover y en el que aparezca clara también la justa promoción de la mujer;
- la superación de todo género de nacionalismos y continentalismos, para una formación concreta en la solidaridad universal;
- la entrega a la formación del laicado, que ocupa un puesto de frontera en la misión de la Iglesia para con el mundo;
- el intercambio de dones entre experiencias eclesiales diversas con el emerger de un vivo testimonio del misterio de la cruz y de la indispensabilidad vital del ministerio de Pedro;
- el deseo y esperanza de que, en el corazón de los evangelizadores, no haya separación entre espiritualidad, liturgia y teología, como testimonio de síntesis vital de la fe;
- la formación de la conciencia en el delicado campo de la conducta moral; etcétera.

Todos estos aspectos (y otros) estuvieron presentes de algún modo en el clima de las intervenciones, de los diálogos y de los documentos del Sínodo de los Obispos de Europa.

Conviene, por tanto, aprovechar esta visita del Espíritu Santo en una hora histórica que une cada vez más a los pueblos, con sus culturas, hacia una convergencia

universal, donde la fe cristiana sea luz de verdad y energía de cohesión.

Conclusión

En el Sínodo se habló a menudo de Nuestra Señora. Se reconoció muchas veces y emocionadamente su protección materna durante los oscuros años de la terrible dictadura. Se insistió en afirmar que los grandes acontecimientos de 1989 están ligados a una intervención especial de María. Su maternidad para con la Iglesia en la historia es permanente y misteriosamente eficaz: ella es verdaderamente la Auxiliadora de los cristianos.

Al tratar de la nueva evangelización, el Sínodo vio a la Santísima Virgen siempre unida a nosotros en la actitud orante, en el corazón de la Iglesia como en Pentecostés, para pedir con segura esperanza el Espíritu Santo; se recordó a propósito la afirmación de Pablo VI: Que la Virgen María «pueda brillar como estrella de una evangelización que siempre se ha de renovar»²⁹.

Y, como todos los verdaderos apóstoles de la fe tienen necesidad de continua autoevangelización «mediante la oración, la meditación asidua de la palabra de Dios y el esfuerzo diario de ponerla en práctica»³⁰, se miró hacia ella como a modelo altísimo que «nos enseña a acoger la palabra de Dios y a ponerla en práctica con todo el corazón: “su madre conservaba todo esto en su corazón” (Lc 2,51). Así acompañó ella, al lado de su Hijo, el comienzo de la evangelización»³¹.

Los padres sinodales invocaron a María con el título de “Hodigitria”, porque indica a todos el camino para llegar a Cristo y para avanzar sin descanso hacia la fe verdadera.

Con idéntica confianza, fruto de viva esperanza, acudimos también nosotros a ella, convencidos de que toda nuestra tarea de educar a los jóvenes en la fe tiene en ella su maestra y guía.

29. *Evangelii nuntiandi* 82.

30. *Declaración 5.*

31. *Declaración, conclusión.*

San Juan Bosco nos enseñó a amarla y a invocarla como Auxiliadora, precisamente por su permanente maternidad siempre activa en el peregrinar de la Iglesia a través de los siglos.

Podemos pensar que el reciente Sínodo ha sido un regalo significativo de la Madre de la Iglesia para encaminarnos mejor hacia las metas del tercer milenio.

Agradecámoselo y sintámonos invitados por ella a asumir con valentía la ardua y compleja tarea de ser hoy evangelizadores de los jóvenes.

Mi saludo cordial a todos en la alegría del misterio pascual.

Con afecto en san Juan Bosco,

EGIDIO VIGANO